

## LIBRO TRIGÉSIMOCUARTO

### LA LEY MILITAR Y LAS LEYES POLÍTICAS

- SUMARIO: I.—Necesidades que se imponen al emperador á fines de 1867: doble preocupación de asegurar la defensa nacional y de modificar en sentido liberal las instituciones políticas: ley militar: ley de imprenta: ley de reuniones públicas.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—LA LEY MILITAR.—La antigua organización francesa: veteranos: cualidades y defectos: confianza del país en la eficacia de sus instituciones militares.—Sistema prusiano.—Cómo la experiencia de Sadowa engendra las primeras dudas sobre la excelencia de nuestra organización.—El emperador y el mariscal Randón: cambio de impresiones.—La corte en Compiègne y la alta comisión militar.—La nota de *El Monitor* (12 de diciembre de 1866).—Alarmas que produce.—El proyecto en el Consejo de Estado.—Folleto y opiniones diversas: el general Trochu; su libro sobre el *Ejército francés en 1867*.—Redacción adoptada en el Consejo de Estado: objeciones del Cuerpo legislativo; varias modificaciones: desacuerdo persistente acerca de la guardia móvil.—La discusión pública (diciembre de 1867 y enero de 1868): adversarios que encuentra el proyecto: el mariscal Niel: peripecias diversas de la discusión: el voto: carácter general de la ley.
- III (*Extracto del texto de La Gorce*).—LA LEY DE IMPRENTA.—Cómo este proyecto de ley se relaciona con un programa general de reformas liberales: los precursores del Imperio liberal: Ollivier y su *voto de esperanza*: el Sr. Walewski: la enmienda de los cuarenta y dos: la carta imperial de 19 de enero de 1867.—Trabajo que se realiza con objeto de paralizar ó restringir las intenciones generosas del emperador: el Sr. Rouher: el Cuerpo legislativo: Emilio Ollivier: algunas medidas equívocas que parecen indicar ciertas veleidades de reacción.—En el entretanto se presenta el proyecto de ley de imprenta. Su carácter; su importancia.—Disposiciones equívocas del Cuerpo legislativo y algo inciertas del mismo gobierno.—Cómo se manifiestan las repugnancias de una parte de la derecha: discurso del Sr. Granier de Cassagnac (31 de enero de 1868).—El emperador se decide á mantener el proyecto.—Cómo lo apoya el Sr. Rouher: votación del artículo primero que suprime la autorización previa: los *siete sabios de Grecia*.—Discusión sobre los otros artículos y votación de la ley (9 de marzo de 1868).—Cómo el emperador con sus vacilaciones y lentitud ha disminuído, á los ojos del país, el mérito de su iniciativa.
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—LA LEY DE REUNIONES PÚBLICAS.—Cómo esta reforma respondía más bien á las aspiraciones del emperador que á las miras de su gobierno.—El proyecto en el Consejo de Estado: por qué lujo de precauciones se procura restringir una libertad que se considera sospechosa.—Cómo las repugnancias de la mayoría en el palacio Borbón sobrepujan á las de los consejeros de Estado: motivos de estas repugnancias: ponencia del Sr. Peyrusse.—Discusión pública: cómo el proyecto, que no gusta á la mayoría, es atacado por la oposición democrática: votación de la ley (25 de marzo de 1868) y cuál es el partido llamado á aprovecharse de ella.

#### I

Cuando se hubo cerrado la Exposición y las cuestiones alemana é italiana quedaron aplazadas á consecuencia de la conferencia de Londres y de la victoria de Mentana respectivamente, Francia, libre á la vez de sus placeres y de sus peligros, pudo hacer alto, reconcentrarse en sí misma y meditar con cierto desahogo sobre su futura suerte. En aquella calma pasajera, dos preocupaciones principales se impusieron al emperador y al país.

La primera era atender á la seguridad nacional. Las nubes más bien que disipadas estaban apartadas, de suerte que al menor soplo de un viento contrario podían rehacerse, y en caso de conflicto no podríamos contar ni con la egoísta Inglaterra, ni con la rencorosa Rusia, ni con la temerosa Austria; una sola amiga nos quedaba, Italia, y ésta había encontrado en el combate de Mentana un pretexto para proclamarse indiferente sin parecer ingrata. Después de haber probado y abandonado sucesivamente todas las alianzas, no podíamos contar más que con nosotros mismos; de aquí la urgencia de conjurar mediante el aumento de nuestras fuerzas los peligros del aislamiento. El mejor preservativo de la paz había de ser un estado militar imponente uni-

do á una prudencia extremada; y en caso de que estallara una guerra, este mismo poder de nuestras armas había de ser nuestra única probabilidad de salvación.

En un orden de ideas muy diferente otro objeto solicitaba la atención del emperador. En otro tiempo, cuando estaba en la plenitud de su fuerza y en la madurez de su edad, habíase dedicado á fundar instituciones que en él habían de concentrarse; pero, en su concepto, aquella dictadura no podía ser sino temporal. Después de quince años de reinado, todo invitaba al soberano á desprenderse de ella: liberal por naturaleza, habríale repugnado acabar sus días en un absolutismo impenitente. Los primeros achaques de la edad, al paralizar su actividad, hacíanle insoportable el peso de los negocios; hasta el egoísmo le incitaba á quitárselo de encima, porque estando como estaban las cosas en extremo comprometidas, había de tener interés en fundir su responsabilidad con la del Cuerpo legislativo y con la del mismo país. En 1860 había inaugurado Napoleón las concesiones; en los años siguientes varias medidas de detalle y cierto relajamiento de las prácticas antiguas habían señalado la declinación del imperio autoritario; y por último, á principios de 1867 había contraído el soberano ante su pueblo compromisos solemnes que era ya hora de cumplir.

Por todas estas causas, en el momento que estamos estudiando, desarrolláronse dos tendencias que por lo general se excluyen, la tendencia á fortalecer el elemento militar y la tendencia á ensanchar el círculo de las libertades públicas: de estas dos preocupaciones, la primera se tradujo en una nueva ley del ejército; la segunda, en una ley de imprenta y en otra de reuniones. Los debates relativos á estas tres leyes ocuparon todo el invierno de 1867 á 1868.

#### II

Nuestro sistema militar había sido reglamentado primeramente por la ley del 19 fructidor del año VI, después por la de 10 de marzo de 1818, y finalmente por la de 21 de marzo de 1832 que se consideraba como el código fundamental del ejército. Los organizadores se habían llamado Jourdan en tiempo del Directorio, Gouvióon Saint-Cyr en el período de la Restauración, y Soult en la monarquía de Julio. El fundamento del régimen era la quinta: cada primavera, todos los jóvenes que habían cumplido veintitún años eran llamados á la capital del cantón para proceder al sorteo, comenzando los alistamientos por los números más bajos y subiendo luego número por número hasta completar el cupo. En la época de la Restauración, éste fué en un principio de cuarenta mil hombres y luego de sesenta mil (1). A partir de 1830 una ley (2) había conferido á la cámara de diputados el derecho de determinar en cada legislatura la fuerza del contingente; pero, á pesar de esta latitud concedida al poder legislativo, una especie de convenio tácito ó de jurisprudencia había introducido en esta materia una costumbre casi invariable. De esta manera el contingente había sido de ochenta mil hombres en tiempo de Luis Felipe y se había elevado á cien mil con el Imperio; y estas cifras establecidas por la costumbre sólo habían sido aumentadas cuando las guerras de Crimea y de Italia, en las que las necesidades de la lucha habían obligado á llamar á las filas á ciento cuarenta mil hombres. La duración del servicio era uniformemente de siete años; sin embargo, según el orden de los números, una parte de los llamados se quedaban en sus casas á la disposición del gobierno. Los que no habían sido comprendidos en el contingente eran definitivamente libres.

Este sistema ofrecía en apariencia una gran sencillez: dividía la población viril en dos partes, los que se quedaban en los campos ó en el taller y se consideraban libres para siempre de toda obligación militar, y los que se distribuían en las guarniciones ó estaban pendientes de un llamamiento. Esta desigualdad de condiciones no tenía nada contrario á la justicia absoluta; siendo las probabilidades iguales y determinando la suerte el destino de cada cual, ¿quién podría protestar contra el fallo del azar? A pesar de estas apariencias no podemos pensar sin cierta sorpresa en aquella legislación excesivamente rudimentaria, cuyo arte se resumía en una lotería y en una lotería terrible. Un día Julio Simón atrevióse á hablar en el Cuerpo legislativo de los «terrores» de la quinta, y estas palabras fueron acogidas con grandes

(1) Leyes de 10 de marzo de 1818, artículo 5.º y de 9 de junio de 1824.

(2) Ley de 11 de octubre de 1830.

murmillos, como si el patriotismo de la Cámara se hubiese sentido ofendido; sin embargo, ¿quién no había sido testigo de aquellas silenciosas angustias! Las clases ricas ó simplemente acomodadas se libraban de aquella carga gracias á la facultad de la substitución, práctica que se había hecho costumbre y contra la cual se formulaban pocas objeciones, porque aparte de fundarse en la libertad de los contratos, nada quitaba de su fuerza material al ejército y permitía el reclutamiento de las profesiones civiles. El segundo imperio había hecho aún más, pues había tomado á su cuenta la institución y la había transformado, reservándose, á pretexto de poner coto á los abusos de las compañías privadas, el derecho de tarifar por sí mismo el precio por el cual podrían eximirse del servicio militar los que á él hubiesen sido llamados. Las cantidades que por este concepto ingresaban en las cajas públicas serviría, ó por lo menos había de servir para pagar las primas de reenganche cuyo número correspondía al de las redenciones en metálico. Así había nacido con la ley de 26 de abril de 1855 el sistema llamado de la exoneración, nueva forma de la substitución antigua.

Organizado de esta suerte, el ejército francés tenía una fisonomía especial, y aunque aquellos tiempos no están muy lejanos, las generaciones actuales difícilmente comprenderían el espíritu que lo animaba. Así como la dulzura de las costumbres contemporáneas ha procurado mantener las influencias del hogar doméstico, en aquel entonces imperaba la máxima de que el hijo de familia ó el ciudadano deben desaparecer en la personalidad del soldado. Lo primero que se hacía era alejar á los reclutas de sus comarcas, y esta expatriación parecía ser el preliminar indispensable de toda educación militar. La separación, aunque dolorosa, se consumaba sin grandes protestas; después de todo, los padres ancianos que habían visto las guerras del imperio recordaban otros dolores más profundos; y por otra parte, gracias á la substitución, los únicos perjudicados eran los pobres, es decir, aquellos cuyas lamentaciones, aun las más vivas, no llegaban muy lejos ni encontraban eco. Una vez en el cuerpo, el joven soldado se sentía fuertemente dominado por la influencia del medio ambiente; la duración del servicio era demasiado larga para que se atreviera á vislumbrar el término del mismo, y siendo esto así, ¿á qué pensar en la familia que estaba tan distante y á la que tanto tardaría en ver? Y en ese gran desamparo de todo cuanto había amado, el novel recluta tomaba apego al regimiento, no por gusto, sino para huir del total abandono. Con los meses y con los años, lo que había sido necesidad se convertía en costumbre y esta no tardaba en arraigarse hasta el punto de confundirse con la naturaleza; y entonces el soldado aparecía transformado, con un temperamento nuevo, con nuevas costumbres y con un modo también nuevo de entender el honor y el pundonor. Este conjunto de reglas y de máximas tenía un nombre genérico: el espíritu militar. Lo que en la vida civil habría sido obstáculo ó debilidad, en la militar era fuente de fuerza: el celibato, que suprimía todos los vínculos familiares, parecía una cuasi virtud, y una tolerancia con ribetes de favor amparaba los desórdenes que aquél traía consigo; la imprevisión era la regla general, pues el Estado había de proveer á todo, y un buen soldado no debía preocu-

parse del dinero ni de la vida. Amores, diversiones, buena comida, de todo se disfrutaba con alegre indiferencia, como se disfruta de una ganga, pero de prisa y atento siempre el oído al toque del regimiento. Frecuentes cambios de guarnición evitaban todo compromiso con el elemento civil y destruían toda afeción duradera, de modo que no había vínculo sólido, ni ciudad permanente, nada, en una palabra, hecha excepción de la bandera. Con el tiempo se obtenían modestos honores y las servidumbres que cada cual imponía á sus inferiores le compensaban de las que él, á su vez, había de soportar de sus superiores. Ajeno, pues, á todo cuidado y tanto más apto para defender á la sociedad civil cuanto más de ella se apartaba, el soldado estaba siempre dispuesto á ir á cualquier punto del globo que le llevaran, sin contar las etapas ni los muertos, siempre con la misma mezcla singular de pasividad y de heroísmo. Al cabo de siete años la disciplina lo había moldeado de tal manera que á veces la perspectiva de la libertad le dejaba más perplejo que alegre; y sucedía entonces que, habiendo perdido de vista la aldea y olvidado á la familia, se reenganchaba, un poco por hábito de la profesión y un mucho por impotencia para romper el molde que lo había aprisionado. De esta suerte se hacía viejo en el servicio, cumpliendo sus deberes con regularidad, aunque murmurando ligeramente, vicioso ó libertino, casi siempre probo, algo soñoliento, pero con una somnolencia que ante el peligro tenía despertamientos sublimes; y cuando llegaba el momento del retiro quedábase comúnmente allí donde la casualidad le había arrojado. En las pequeñas plazas del Norte y en las pequeñas plazas del Este, las gentes se acuerdan de aquellos veteranos que llevaban la levita como se lleva un uniforme, y á quienes los jóvenes instintivamente saludaban. Por lo general, sentían una tristeza doble, por la vida militar que añoraban y por la vida civil á la que volvían como extraños. Los que con ellos hablaban, admirábanse á la vez de su grandeza y de su esterilidad: muchos habían tomado parte en acciones heroicas y los episodios que en su lenguaje inculto referían eran como fragmentos de cosas inmortales; pero aquellos mismos hombres, al luchar con las dificultades de la existencia libre, asombraban por su torpeza para resolver las cosas más insignificantes, y dejaban estupefacto á cualquiera por lo que ignoraban ó habían olvidado. La misma disciplina que los había hecho grandes habíalos triturado con su opresión: muy activos de cuerpo y relativamente jóvenes, eran excelentes para las labores que sólo requerían exactitud, orden y probidad; para lo demás eran inútiles y la más insignificante iniciativa habríalos asustado más que el más temible peligro. Casi siempre el último período de su existencia era vulgar. Sentían especial predilección por esos pequeños jardines que en las antiguas plazas fuertes ocupaban la zona militar, y los cultivaban amorosamente, porque desde allí veían pasar el regimiento y oían las trompetas que tocaban en las murallas. Con ellos desaparecía un tipo que pronto no volvería á verse más; y por este motivo, no menos que por su antigua bravura, habrían merecido una curiosidad simpática. En cambio, tenían enemigos encarnizados en los estadistas, en los economistas, en los que calculan la riqueza ó la población, los cuales, poco sensibles á la atrac-

ción de las grandes cosas, deploraban el destino estéril de aquellos hombres que, según ellos, no habían hecho más que destruir y consumir, que se extinguirían sin haber producido nada, y que, escogidos por selección entre los más robustos, ni siquiera dejarían los más de ellos una familia.

En el momento de terminar esta descripción, siento un escrúpulo: el relato, para ser rigurosamente verídico, debería aplicarse á una época algo anterior, pues en el ocaso del reinado de Napoleón III los rasgos que acabo de señalar tendían á alterarse. Había entonces menos veteranos y eran más reducidos los cuadros de subalternos; había menos respeto en los inferiores, y en los superiores más ambición; en la casi totalidad, una impaciencia alarmante engendrada por el yugo; en todos, un amor creciente al bienestar; en muchos, una especie de escepticismo burlón, fatal para el espíritu de sacrificio. Pero estos síntomas no los veía la masa, y los mismos que los observaban los comentaban en secreto por temor de disgustar ó de sembrar la alarma. Con sus cualidades, hasta con sus defectos, aquel ejército, producto del servicio de siete años, tenía un pasado que imponía confianza; heredero de las tradiciones del primer imperio, había cifrado todo su orgullo en no decaer, y el balance de sus servicios era: la conquista de Argelia, la toma de Sebastopol y la Italia del Norte arrebatada al Austria. De un extremo á otro de Francia era opinión casi universal que nuestros soldados no tenían iguales; y los paisanos no eran los menos persuadidos de esta superioridad. La práctica personal de los deberes militares les inspiraba gran antipatía; pero habían leído las *Victoires et Conquêtes* y estaban de ellas bien penetrados. La substitución, perfeccionada por la exoneración, se avenía perfectamente con sus inclinaciones, y los recuerdos heroicos mantenían su orgullo; y cuando el domingo, á la salida de misa, desfilaran las tropas, como en los pasados días, por la plaza pública, engalanadas hasta con coquetería y tan encantadoras como soberbias, los ojos de aquellos ciudadanos contemplaban aquel espectáculo con una seguridad no empañada por ninguna nube. Personalmente libres de los trabajos y de los peligros, no se cansaban de admirar aquella parte de la nación que parecía hecha ex profeso para recoger y traer laureles de cuando en cuando.

En el entretanto, en otra parte de Europa, en Prusia, habíase desarrollado un sistema que casi en todo resultaba opuesto al nuestro: había nacido en la derrota así como el nuestro se había afirmado en la victoria; nuestra organización se fundaba en llamamientos restringidos, pero combinados con un servicio largo; en la prusiana, el servicio era universal, pero de una duración primeramente de tres años, luego de dos y por último otra vez de tres. En Francia, la sociedad civil estaba separada en dos partes por el sorteo de la quinta, en la que los números buenos significaban la exención absoluta y los malos la servidumbre prolongada; allende el Rhin no se conocía este exceso de sujeción, pero tampoco se conocía la completa libertad, sino que el soldado, devuelto al poco tiempo al hogar, entraba en la reserva y luego en aquel ejército de segunda línea que se denominaba la *landwehr*, de modo que el Estado conservaba una especie de derecho de continuación sobre aquel á quien licenciaba hasta que llegaba á la edad



NAPOLÉON III  
Cuadro de H. Flandrin

madura. Francia dispersaba sus reclutas por todo el territorio; Prusia, siguiendo una práctica contraria que suavizaba el rigor del servicio personal, en vez de alejar á los suyos de sus respectivas comarcas, los sometía á una inteligente organización territorial en la que había concentrado todos los recursos de su genio paciente. No menos diferente era la composición de ambos ejércitos: en el nuestro sólo había labradores ú obreros que necesitaban un largo aprendizaje para desbastarse y que por un verdadero milagro de cualidades innatas y de educación profesional sabían elevarse, cuando era menester, hasta el heroísmo, y apenas si entre ellos figuraban algunos hijos de familias acomodadas que ingresaban en el ejército, unos por amor al oficio, otros para hacer olvidar sus escandalosas disipaciones; en los regimientos de Prusia, por el contrario, veíase una mezcla de todas las condiciones sociales, á pesar de ser aquel uno de los países en que más se respetaban las jerarquías. El contraste se observaba hasta en los detalles: en Francia, los uniformes brillantes, las charangas alegres, la confianza expansiva, la fe en las inspiraciones de los jefes y, como se decía, en la *listeza* de los soldados; en cambio, la organización militar prusiana parecía haber conservado la huella de los días austeros y sombríos en que había nacido: un trabajo perseverante, pero realizado como á escondidas; un gran desdén por todo lo superfluo, por todas las coqueterías caras; ningún afán porque los golpes fuesen brillantes con tal que fueran mortales; una preparación continua para la guerra, aun en medio de una era de paz desesperante para los belicosos; y una fuerza atenta á disimularse á sí misma y que sólo se revelaba á raros intervalos, en cortos accesos de altivez ó de abandono. Se había ocultado tan bien el esfuerzo, que apenas si nosotros teníamos vaga noticia del mismo: nuestros generales más instruidos sabían que existía en Berlín un estado mayor siempre vigilante y un cuerpo de oficiales más laborioso que el de ninguna otra nación; sabíase también que en cada circunscripción territorial había cuadros de jefes y oficiales siempre completos y bastante amplios para hacerse cargo de las reservas más numerosas; pero una consideración tranquilizaba los ánimos. En efecto, no se dudaba ó no se quería dudar de que el contacto perpetuo con la sociedad civil, á la que sucesivamente tomaba y restituía sus soldados, haría perder al ejército prusiano una parte de su fuerza: el instrumento, decían los que así opinaban, era ingenioso y muy á propósito para producir ilusión en tiempo de paz; pero en el campo de batalla aquel ejército resultaría, según todas las probabilidades, una guardia nacional muy perfeccionada.

Pero había venido la batalla, que se denominó Sadowa, y si grande fué la confusión entre los políticos, no fué menor entre los militares. Nadie dudaba ya de que Prusia disponía del número; pues bien, si al número unía la calidad, ¿qué habría de aprender de las demás naciones?, ¿qué tendría que envidiar á la misma Francia? Aquel día nació la primera duda sobre la primacía de nuestro ejército y el primer propósito serio de refundirlo y modificarlo.

Desde fines de septiembre de 1866, el emperador y el mariscal Randón, entonces ministro de la Guerra, intentaron sentar las bases de una reorganización; pero,

según puede inferirse de su correspondencia, no reinaba entre ambos la mejor armonía. Napoleón meditaba ya la creación de una reserva de segunda línea que con el nombre de *guardia móvil* ocupara las plazas del interior ó de la frontera, con lo cual quedaría disponible todo el ejército para las operaciones activas; el mariscal, espíritu metódico más bien que atrevido, mostrábase bastante escéptico respecto de la nueva institución, y aunque se guardaba de contradecir abiertamente á su soberano y hasta se prestaba á traducir y redactar sus pensamientos, hacía visiblemente en cumplimiento de una orden, sin entusiasmo y sin confianza. Firmemente convencido de que la ley de 1832 era excelente, era partidario de mantenerla en toda su integridad, y si en realidad eran insuficientes nuestros efectivos, no veía otro remedio que un aumento del contingente anual ó del tiempo de servicio. Estas miras sencillísimas y un tanto estrechas cuadraban mal al carácter del emperador, tan aficionado á las innovaciones como hostil á ellas era el ministro; con su inteligencia siempre en actividad, acariciaba toda clase de planes que sucesivamente desechaba ó admitía de nuevo, y en ciertos momentos no le asustaban las resoluciones más radicales. En 2 de octubre de 1866 escribía desde Biarritz al mariscal: «Se me ha ocurrido una idea que tendría muchas ventajas y que es preciso estudiar en todos sus detalles antes de saber si es de aplicación posible. Este sistema consistiría en declarar que todos los franceses, sin más excepciones que las admitidas por la ley, están obligados al servicio militar durante siete años, si bien los que hayan servido tres años podrán hacerse exonerar (1).» Así se expresaba el emperador, pero lo que presentaba como idea nueva no era en él sino una reminiscencia de otra idea propia, puesto que esta doctrina del servicio obligatorio la había desarrollado en otro tiempo en su prisión de Ham, pudiendo leerse la exposición de la misma en la colección del *Progrès du Pas-de-Calais*.

En este período de investigaciones confusas se estaba cuando á fines del año 1866 se reunió la corte en Compiègne. Allí fueron convocados los mariscales y los generales más competentes, constituyéndose todos juntos en alta comisión. Sobre la necesidad de aumentar los efectivos el acuerdo fué unánime; mas cuando se discutieron los medios para lograr este aumento, surgieron las dificultades. El mariscal Randón persistía en mantener la legislación vigente, pues desconfiaba de los cuerpos auxiliares que constarían en el papel, pero no serían una realidad: «La base de nuestro estado militar, repetía, es el ejército que está en servicio activo;» y la única innovación que le parecía práctica era el aumento de la duración del servicio, salvo que los últimos años pudieran pasarse en la reserva. Los defensores del sistema prusiano opinaban todo lo contrario: el príncipe Napoleón proponía el establecimiento inmediato del servicio obligatorio; pero de todos los individuos de la comisión el más elocuente fué el general Trochu, el cual puso de relieve la idea, hoy muy vulgar, pero muy nueva en aquel entonces, de que se había realizado en las condiciones de la guerra una completa metamorfosis, y de que para una labor nueva se necesitaban nuevos

(1) Carta del emperador, de 2 de octubre de 1866 (*Mémoires* del mariscal Randón, tomo II, pág. 195).